

ma clara, al hecho de que para él esta revolución fue un triunfo para la raza negra, "ya que ha sobrevivido aun cuando el desarrollo económico de Haití se haya visto gravemente retrasado" (p. 353).

Una vez que ha terminado con la revolución haitiana, Bakpetu Thompson abre una vez más su marco de referencia. Su objeto de estudio es ahora el movimiento antiesclavista que, a la larga, culminaría con la abolición de la institución.

Bakpetu Thompson acierta al establecer el abolicionismo como un proceso de índole más bien tardío, aun cuando siempre estuvo presente, en forma espontánea y aislada, desde la llegada de los primeros africanos al continente americano. El autor distingue dos periodos en el abolicionismo. El primero abarca hasta 1830 y el segundo parte de dicho año. La primera etapa está caracterizada por fuertes matices religiosos e intentos conciliatorios. Después de 1830, el abolicionismo integrará a individuos y sociedades con una base más amplia y de mayor alcance, teniendo incluso repercusiones a nivel nacional, esto debido en buena parte a la importante labor literaria llevada a cabo por los abolicionistas ya fuese por medio de periódicos, semanarios o panfletos.

En las conclusiones, el autor justifica su exposición. La interpretación que él busca ofrecer es una secuencia histórica de los estados por los que ha pasado la diáspora africana, sus resultados y su legado y aportación a las sociedades americanas.

Es cierto que en la inmensa mayoría de los casos los africanos fueron forzados a inmigrar a las sociedades ultramarinas, tan lejos de su continente natal. Sin embargo, y en ello podemos coincidir con Bakpetu Thompson, este hecho les proporcionó un camino diferente al de otros inmigrantes, mas no por ello los dejó sin camino. Su

recorrido no siempre ha sido fácil, pero su aportación y su huella son evidentes en todas aquellas sociedades en las que se vieron obligados a participar.

María Estela Báez-Villaseñor
INSTITUTO MORA

Jean Paul Bertaud, *Francia en los tiempos de la revolución. 1789-1795*, trad. Graciela Isnardi, Javier Vergara editor, Buenos Aries 1990 (Vida y costumbres en la historia).

La revolución francesa –con toda la carga que representa para la cultura occidental de la llamada edad contemporánea– ha sido tratada durante los últimos dos siglos por historiadores de las más variadas nacionalidades y disímolas tendencias. Casi cabría decir que no hay resquicio político, institucional, económico, filosófico o social de dicho suceso que haya escapado a la mirada sagaz de los especialistas.

Ahora, una de las hijas más recientes del linaje de Clío, la historia de las mentalidades, ofrece en esta obra del profesor Bertaud un enfoque distinto a los habituales. Distinto, en principio, porque no es una historia formal de la revolución, sino de los cambios que ésta acarreó en la vida de los franceses, y porque está referida desde el punto de vista del ciudadano común, del hombre del pueblo, el campesino, el maestro, el artesano.

Por otra parte, *Francia en los tiempos de la revolución. 1789-1795* no pretende estudiar exhaustivamente todos los aspectos de la existencia diaria de la población. El *leitmotiv* del trabajo es, más bien, el efecto que el nuevo credo de la igualdad tuvo en el estilo de vida en general.

El libro se divide en tres partes, dedi-

1
7
6

cadadas respectivamente al tratamiento de la gestación de la nueva patria, el periodo de la controversia sobre la organización y el rumbo de la revolución, y la etapa de las luchas armadas para defender las conquistas nacionales de la agresión extranjera.

Y efectivamente, el texto deja traslucir la agitación que, durante los seis años que abarca el estudio, convulsionó la existencia del pueblo. "Libertad, igualdad y fraternidad" no sólo fueron los lemas de un nuevo orden político, también se tradujeron en movimiento febril y fiestas en las calles de París, en migraciones internas y redistribución de la propiedad inmueble; en laicización y desacralización del pensamiento; en racionamiento de alimentos, desempleo y crisis económica; en bandolerismo y mendicidad; en militarización creciente; en modalidades diferentes en el trato social, en el vestir, en el comer y en los hábitos higiénicos.

La vida, hasta entonces organizada por el tañido de las campanas, modificó su ritmo por el de la periodicidad de los pregones de las representaciones teatrales populares. Para reemplazar a las creencias y a la liturgia cristianas se crearon los símbolos y el culto de la patria, "santos" y rituales civiles. La lenta transmisión de las noticias por vía oral se vio sustituida por la proliferación de periódicos, circunstancia esta última que también influyó en el incremento de la escolaridad y alfabetización de los habitantes de zonas urbanas y rurales.

Pese a que la obra cuenta con el respaldo de una investigación bibliohemerográfica suficiente, y con un aparato crítico cuidadosamente empleado, no da la impresión de ser un estudio histórico clásico, condición que acaso obedezca a que la especialidad de Bertaud son las letras. El hecho de que las ideas queden

más esbozadas que formalmente desarrolladas en el texto, creemos, no le resta mérito al trabajo, y si éste pierde por tal razón algún peso como fuente documental, lo compensa con creces en la recreación de situaciones y estados de ánimo. Al decir esto pensamos, por ejemplo, en la tercera parte: "El terror tricolor, el terror blanco", que nos parece, sin duda, la mejor lograda. El inciso que Jean Paul Bertaud dedica a la guillotina no es un recuento de ejecuciones reivindicadoras de las demandas populares. La guillotina vino a ser —según el autor— parte integral del mobiliario urbano de esos años; sus macabras funciones, que al principio conmovieron a la gente, devinieron en espectáculo para desocupados y ociosos y, finalmente, en simple acontecer cotidiano.

Por el tratamiento que Bertaud hace de ella (aunque en ningún momento se afirma explícitamente), la revolución francesa se presenta como un fenómeno político-social sujeto a las leyes biológicas de nacimiento, desarrollo y muerte. Este "ciclo natural", empero, dejó una impronta de magnitud tal que la sociedad europea posrevolucionaria difiere más de su generación inmediata anterior que ésta de las de dos siglos atrás. Hay, pues, un abismo en cuanto a la concepción del yo, del mundo y de Dios entre la Francia de 1790 y la de 1800. Y este abismo es, precisamente, la apertura de la conciencia a panoramas más vastos.

La obra de Bertaud no constituye un libro de referencia obligada para quienes estén trabajando sobre el tema de la revolución francesa; no es, desde luego, un texto fundamental que esclarezca puntos polémicos y oscuros, tampoco aporta datos capitales que modifiquen la interpretación del proceso histórico, ni siquiera tiene la utilidad de un libro de consulta, por que no abunda en fechas o

nombres, pero es, eso sí, una bella evocación de las pasiones y los días revolucionarios, un testimonio que respira y late, méritos que pocas obras de historia pueden vanagloriarse de alcanzar.

Patricia Escandón
CCYDEL-UNAM

María Gayón Córdova, *Condiciones de vida y de trabajo en la ciudad de México en el siglo XIX*, INAH/SEP, México, 1988 (Cuadernos de Trabajo, 53).

La historiografía sobre la ciudad de México, consideró a ésta, hasta hace pocos años, como paisaje de fondo reduciéndola a un escenario de acontecimientos, principalmente de la política nacional. A partir de los años setenta, con el Seminario de Historia Urbana del INAH, bajo la dirección de Alejandra Moreno Toscano, se inicia la reconstrucción de la historia de la ciudad con estudios sobre diversos aspectos de la misma: comercio, fraccionamientos, crecimiento territorial y geografía, entre otros.

El libro reseñado, siguiendo esta directriz, cumple el objetivo que pretende al

describir las condiciones generales de vida de la población urbana y las condiciones de trabajo de las unidades productivas de la ciudad de México en el siglo XIX, y contribuir a la elaboración de la historia de los habitantes de la ciudad (p. 7).

Sus objetos de estudio son el municipio y la ciudad de México.

María Gayón obtiene su información principalmente de materiales originales, entre los que destacan documentos de los archivos Judicial y del Antiguo Ayuntamiento de la ciudad de México, y los

periódicos *American Star* y *El Siglo XIX*, así como folletos de la colección Lafragua de la Biblioteca Nacional. La bibliografía secundaria es amplia y habla de la ciudad de manera general y específica.¹

El texto está estructurado en dos secciones: la primera, con material fundamentalmente empírico, describe las condiciones de vida y de trabajo en la capital y la segunda contiene dos apéndices en que se analizan las características de la producción. Con base en fuentes de primera mano, la autora recupera la información en cuadros estadísticos sobre población, mortalidad, promedio de vida y causas de muerte, distribución de la propiedad urbana entre particulares y número de trabajadores por oficio y sus respectivos sueldos. Describe, haciendo uso de un amplio material, los servicios públicos, la insalubridad de las calles, los hospitales y los panteones en la primera mitad del siglo pasado y el problema del abasto de la ciudad durante las épocas de levantamientos.

María Gayón toma factores tales como la concentración de la propiedad urbana, el acceso al empleo y el ingreso como indicadores de la desigualdad y de la estratificación social urbana. También explica cómo era la vida en el interior de los establecimientos laborales, cuánto duraba la jornada de trabajo, cómo se pagaba el salario y en qué casos se recurría al trabajo femenino e infantil (p. 81). Centra su atención en los talleres, en las fábricas textiles y en la industria cigarrera. En las fábricas de cigarros

se concentraba a un número relativamente grande de trabajadores en espacios re-

¹Sobre la ciudad de México es importante la bibliografía que ha publicado el Seminario de Historia Urbana del INAH.